

QUINTILIANO DE CALAHORRA: DIDÁCTICA Y ESTRATEGIAS EDUCATIVAS EN LA ANTIGUA ROMA

*Quintilianus of Calahorra: educational strategies and didactics
in Ancient Rome*

Milagros Moro Ipola¹

RESUMEN: La didáctica, la metodología, el aprendizaje, el currículum,... todos estos conceptos que parecen tan actuales realmente, no lo son tanto. En este trabajo intentamos mostrar otra cara de la educación en la antigua Roma más allá de la repetición, el aburrimiento y los golpes. A través de la obra de Quintiliano de Calahorra podemos ver cómo ya, hace dos mil años, hubo profesionales de la enseñanza que, aunque minoritarios, se preocupaban de cómo enseñar y de cómo aprendían sus alumnos. E incluso algo más importante: hubo maestros que respetaban y querían a sus alumnos.

Palabras clave: Roma, Quintiliano, Metodología, Aprendizaje.

ABSTRACT: The didactic, the methodology, the learning, the curriculum... all these concepts that can seem to be so up to date, actually they are not so. In this paper we try to show another face of Roman Education beyond of repetition, tedium or hits. Through Quintilianus' work we can see how, 2.000 years ago, there were teachers who, even though minority, were worried about teaching and learning. And even, there is something more important: there were teachers who respected and loved their pupils.

Key words: Rome, Quintilianus, Methodology, Learning.

Fecha de recepción: 16-I-2007

Fecha de aceptación: 6-II-2007

1. Doctoranda en el departamento de Historia Antigua de la UNED. Su línea de investigación está centrada en los diferentes aspectos de la adolescencia romana: educación, vida familiar, conducta, etc. Correo electrónico: nani_poppins@hotmail.com.

Introducción

El primer problema a nivel educativo con el que se enfrentaba Roma era el de contemplar la educación como una cuestión perteneciente al ámbito privado y que, como tal, debía ser afrontada dentro de cada familia. No hubo, pues, por parte del Estado, intención alguna por organizar, reglamentar o estructurar la educación que debían recibir sus hijos y se mantuvo desvinculada de la administración. Ya a finales de la República se quejaba Cicerón de esa falta de organización en la educación que no delimitaba las diferentes etapas ni las funciones de los diferentes maestros y que provocaba que, por ejemplo, se pudiera ver a gramáticos enseñando retórica, que no era su función, y a los rétores quejándose de lo que ellos consideraban una intromisión.

En cuanto a su origen, la mayor parte del profesorado que ejercía en Roma había sido esclava o provenía de los estratos sociales más bajos. Generalmente habían sido niños abandonados o esclavos liberados más tarde. De los 20 *grammatici* que aparecen en la obra de Suetonio «de Grammaticus et Rhetoricus» 14 fueron esclavos de nacimiento, 2 lo fueron al ser abandonados cuando eran niños mientras que solamente 4 fueron *ingenui*, libres de nacimiento. El interés y las cualidades que mostraron estos niños por el estudio fue en gran medida lo que les consiguió la libertad y muchos hicieron de la enseñanza, con o sin vocación, su único medio para subsistir. Que el mayor porcentaje de maestros fuese de origen servil se debía al gran desprestigio que sufría la profesión y al pésimo concepto que de la docencia tenía la mayoría de la población:

¿Has oído que Valerio Liciniano está dando clase en Sicilia? (...) Hasta hace poco él que había sido pretor, estaba entre los abogados más elocuentes; ahora ha caído hasta el punto que de senador se ha convertido en desterrado y de orador en profesor de retórica².

Mala imagen que todavía era más agudizada en los casos de los *ludi magistri*, lo que hoy en día serían los maestros de enseñanza primaria, pues, aunque la docencia en su conjunto no estaba valorada, los maestros de retórica y los gramáticos disfrutaban de una mejor consideración tanto social como económicamente.

No existía ningún tipo de formación del profesorado ni se exigía por parte de la administración requisito alguno para ponerse al frente de una clase. La enseñanza era un negocio privado y los alumnos, clientes. El resultado era la bajísima preparación de los maestros que se traducían en los malos y escasos resultados alcanzados por sus alumnos. *Todos ellos* (gramáticos recordados por

2. Pl. Epp. IV, II, I.

Ausonio) *tuvieron un afán intachable por enseñar, unos magros frutos y una débil formación; más por haber enseñado en mis tiempos, he de recordarlos*³.

La mala preparación de los maestros de enseñanza elemental llevaba a la situación que denuncia Galeno con respecto al nivel con el que sus alumnos llegaban a las escuelas de medicina: *La mayoría de los que se acercan en la actualidad a la medicina (...) no son capaces siquiera de leer bien. Tal indolencia comenzó hace muchos años, cuando yo todavía era un crío, pero por aquel tiempo ciertamente no había alcanzado sus actuales dimensiones*⁴.

Vistas en líneas generales la cuestión educativa en Roma, vamos a conocer las aportaciones realizadas por uno de sus más conocidos docentes: Marco Fabio Quintiliano.

La estrategia educativa de Quintiliano de Calahorra

Marco Fabio Quintiliano fue la gran excepción. Nacido en Calagurris en el año 30 d.C., se convirtió en el primer docente con sueldo a cargo del erario público. Estudioso de los métodos didácticos fue autor de «Sobre la formación del orador», *institutionis oratoriae*, en la que recoge sus experiencias después de veinte años en la docencia y con la ayuda de las cuales vamos a intentar descubrir la situación en las que se encontrarían maestros y alumnos durante el siglo I d.C. *Quintiliano, insigne educador de la desvariada juventud, gloria, Quintiliano, de la elocuencia romana*⁵.

Quintiliano en su obra da las pautas de lo que para él debe ser un buen profesor al tiempo que denuncia las prácticas que debían ser erradicadas. Ya sabemos que la docencia raramente era una vocación y cómo los que se dedicaban a ella lo hacen como único remedio para poder subsistir, sin tener la mayoría de ellos la formación adecuada.

Lo primero por lo que aboga Quintiliano es la necesidad de moralidad intachable y seriedad del profesor, más teniendo en cuenta la edad con la que contaban los alumnos. La mala reputación de Q. Remmius Palemón hacía que, a pesar de haber sido considerado como uno de los mejores retóricos de su época, se pusiera su magisterio tan en entre dicho que el emperador Claudio decía de él que sería el último al que le confiaría la educación de sus hijos. *Asuma, pues, respeto a sus alumnos el sentir propio de un padre y valore que releve en lugar de aquellos que le confiaron sus hijos. Ni puede tener vicios ni tolerarlos*⁶.

3. Aus. Commem. Prof. Burd, 8.

4. Gal. Sobre mis libros.

5. Mart. II, 9.

6. Quint. II, 2, 4.

Muchos docentes «*dados a la cólera*» intentaban conseguir el respeto de sus alumnos por medio de una dura disciplina olvidando que el maestro *no sólo debe respetar a los alumnos sino que debe tratarlos como a sus propios hijos*. Hوسquedad a la hora de contestar, poca amabilidad, sequedad en el trato, sería, siguiendo la denuncia de Quintiliano, lo más habitual en las aulas romanas. *En alabar las intenciones de los alumnos no sea avaro ni pródigo, porque un cosa –la envidia– engendra desgana en el trabajo, la otra –la loa excesiva– autocomplacencia. Al corregir lo que tendrá que ser corregido no sea desabrido y de ninguna manera utilice improperios, (...) porque algunos maestros reprenden como si tuviesen odio⁷. El mismo maestro dígales cada día algo, o mejor muchas cosas, que los oyentes lleven consigo a casa⁸.*

Al tratarse de un negocio privado algunos profesores, sin embargo, pecaban de todo lo contrario, es decir, de una excesiva benevolencia en un intento por mantener al mayor número posible de clientes. En algunas clases se permitía incluso que los alumnos saltasen, se arremangaran, gritasen o aplaudieran las intervenciones de sus compañeros.

Ahora bien, de ninguna manera se ha de permitir a los muchachos, como ocurre entre muchos maestros, esa libertad de levantarse de su puesto y dar saltos de júbilo cuando se dispensan alabanzas a uno (...) prontos y arremangados no sólo se ponen ahora en pie los alumnos a cada cadencia final de frase, sino que echan a correr y con desvergonzado jolgorio gritan y aplauden a una⁹.

La excesiva monotonía era la nota característica de las lecciones tanto en forma como en contenidos y eso provocaba el aburrimiento y apatía de los alumnos porque los contenidos del currículum del *grammaticus* eran conceptuales y a base de repetición. *Iam teneo mean lectionem. Meus, mea, meum, mihi, noster, nostro, nostrum, nobis, tuum, tuus, tibi, vos, nos, vestrum, vobis, dico (...) Accepi et dediddi iterum. versus postea coepi legere¹⁰.*

En el caso de la retórica, y aunque en este nivel se practicaba más que se memorizaba, el sistema de aprendizaje continuaba siendo muy poco ameno para los alumnos. *Coge tus tablillas, chico, redacta, vela, perora en causas judiciales y léete una y otra vez las leyes de los antepasados que vienen tituladas en rojo¹¹.*

Quintiliano tenía diferentes propuestas para luchar contra la monotonía. La primera era el descanso. *Con todo, hay que dar a todos los alumnos algún tiempo de*

7. Quint. II, 2, 7-12.

8. Quint. II, 2, 8.

9. Quint. II, 9; 12.

10. C. G. L., III.

11. Juv. XIV, 192.

*expansión (...) No hay actividad alguna que pueda tolerar un trabajo continuo (...) y los alumnos aportan tanto más energías para aprender, una vez recuperados y frescos*¹².

La segunda era la variación de las actividades. *Ya lo dijo Cicerón que si el método de enseñanza no es agradable al discípulo, pronto se quedará sin auditorio (...) Pásale al maestro de elocuencia lo que al pescador, que, como no ponga en el anzuelo el cebo más atractivo para los peces, se aburrirá a la orilla del agua sin lograr lo que desea*¹³.

Quintiliano creía que el incorporar más materias a la enseñanza de la gramática permitiría, por un lado, que los chicos adquirieran nuevas experiencias y ampliaran sus conocimientos y por otro, ese cambio tan necesario para huir del aburrimiento y la monotonía de estar haciendo lo mismo día tras día. Era lo que él llamaba «los trozos de tiempo», *subsiciva temporum*.

Proponía una temporalización de la jornada escolar incorporando materias diferentes sin que esto fuese en perjuicio de la gramática y el estudio de los clásicos ni supusiese el agotamiento de los alumnos. Tampoco se trataba de profundizar mucho porque «*tiempo suficiente habría; pues larga es la edad, que aprende*». Quintiliano estaba convencido que la gramática debía complementarse con otras disciplinas como la música, la astronomía o la filosofía y aprovechar esos «trozos de tiempo», esos momentos en los que no se estudiaba gramática. La geometría, por ejemplo, era, según él, muy útil para los adolescentes porque se agudizaba el ingenio y favorecía la rapidez de captación. Sin embargo, hubo voces contrarias a esta ampliación de materias que opinaban que aquello sólo conseguiría confundir a los adolescentes y que, por otro lado, ya tenían suficiente con la gramática de la *schola* y el trabajo en casa. Quintiliano defendía su postura alegando que cuanto más pequeño es uno mayor es la capacidad de aprendizaje y que si ciertas disciplinas, como los idiomas, no se aprenden durante los años escolares difícilmente se consigue en la edad adulta. (...) *los niños, en el espacio de dos años (...) hablan casi todo sin que nadie les obligue; ¡Pero por cuántos años se resiste la lengua latina a nuestros esclavos recién llegados de fuera!*¹⁴.

Uno de los recursos más interesantes propuestos por Quintiliano era el empleo de juegos. Algunos de los juegos habituales de los chicos podían ser utilizados como recurso didáctico en la *schola* aunque no parece que sea un recurso muy utilizado por los maestros de la época. *Ni tendré de llevar a mal el juego en los niños (...) Hay hasta algunos juegos no desaprovechables para agudizar los espíritus de los jóvenes, cuando ellos apuestan entre sí con pequeñas preguntas sobre cualquier materia*¹⁵.

12. Quint. II, 3, 5- 12

13. Petr. III.

14. Quint. I, 12, 8.

15. Quint. I, 3, 11.

La enseñanza debía ser como un juego en el que se debía felicitar al alumno por haber aprendido algo nuevo. La competitividad era un buen aliado contra la desgana y siempre un premio *a esta edad cautiva*. Un buen sistema para ayudar a aprender a leer y escribir era el uso de letras de marfil. *Como un juego se puede hacer aprender también las sentencias de hombres ilustres y especialmente pasajes escogidos de poetas (pues su conocimiento es más agradable a los pequeños)*¹⁶.

También para conseguir una dicción más suelta y articulada se podían utilizar lo que en griego se llamaba *chalinoí*, que no eran otra cosa que trabalenguas.

El juego era, y es, una actividad importante no sólo para el desarrollo y diversión sino como medio de información que el profesor puede usar para descubrir el carácter de sus alumnos. *También se descubren en el juego del mozo más inocente las predisposiciones morales*¹⁷.

La forma de entretenerse de un adolescente puede decir mucho con respecto a su personalidad. El emperador Domiciano, por ejemplo, cuando estaba a solas solía entretenerse cazando moscas y atravesándolas con un punzón afilado¹⁸.

Aconseja, pues, Quintiliano el empleo del juego en la *schola* así como tiempo para la expansión pero en su correcta medida *de modo que no se produzcan aborrecimiento de los estudios, si se les niega, o se les acostumbra a la holgazanería si se les da en demasía*¹⁹.

Finalmente, a Quintiliano no le gustaba *que los muchachos se sienten mezclados sin orden alguno entre los jóvenes*. Los profesores debían conocer, pues, las aptitudes y personalidad de sus alumnos adaptando el método de aprendizaje a sus características y capacidades y distribuyéndolos en clase de forma ordenada evitando que estuviesen mezclados unos con otros como, sin duda, debía ocurrir con frecuencia.

El Método

Una preocupación primordial en Quintiliano fue la de evitar lo que ocurría con frecuencia y que no era otra cosa que los alumnos acabaran odiando los estudios. *Será necesario procurar, que el niño, que todavía no es capaz de amar la actividad mental, venga a odiarla, y que más allá de los años de juventud conserve también el temor de una amarga experiencia en aquel tiempo sufrida*²⁰.

16. Quint. I, 12, 36.

17. Quint. I, 3, 5 -12.

18. Suet. Dom.3.

19. Quint. I, 3, 8-10.

20. Quint. I, 20.

Era habitual que los años pasados en la *schola* no resultasen un recuerdo agradable. San Agustín se preguntaba quién no preferiría la muerte antes de volver a la infancia. Así que, Quintiliano sabía muy bien lo que decía.

Lo primero que hacían los niños cuando acudían a clase del *ludi magister* era aprender a escribir. Quintiliano aconseja que los niños practiquen la caligrafía repasando los surcos realizados en las tablillas de cera y que se ponga especial cuidado en que logren una escritura limpia y rápida. Prefiere que sigan los surcos porque de esta manera conseguirán fortalecer los músculos de las muñecas y no necesitarán que el maestro les lleve la mano. Del mismo modo habría que procurar evitar que durante los primeros ejercicios de escritura el niño utilizase palabras vulgares, *como es costumbre* y que aprendiera a leer como si estuviera cantando.

La disciplina y el comportamiento

En aquel momento, el método de disciplina más habitual y aceptado empleado en las *scholae* era el castigo físico por mucho que personajes de la altura de Séneca, Juvenal y, por supuesto, Quintiliano, estuviesen en contra.

Pero que se azote a los alumnos mientras están aprendiendo, aunque sea por una parte costumbre aceptada y, por otra, no lo desapruébe Crisipo²¹, de ninguna manera lo quisiera, primeramente porque es cosa fea y propia de esclavos, y ciertamente un acto de injusticia, lo que por sí mismo se entiende, si cambias esa edad por otra. En segundo lugar, porque si hay alguien de tal vil carácter, que no se corrija por medio de la reprensión, también se hará duro contra los golpes, como los más degenerados esclavos²².

El empleo del castigo físico tanto como medio de disciplina como fomentador del estudio (se penalizaba tanto el mal comportamiento como la falta de estudio, la lentitud en el aprendizaje o el uso de la mano izquierda²³) tenía sus detractores pero en realidad tampoco tuvo en su contra una fuerte oposición social. Aunque entre alguno de esos detractores el rechazo no venía por lo execrable del hecho ni por su inutilidad como medida de disciplina sino porque era un sistema que se utiliza con los esclavos y que, por consiguiente, no debía utilizarse con niños libres. *¿Cree [Rústico, el maestro] en cualquier caso que el cuerpo y el alma de los esclavos están hechos de materia y de elementos como la nuestra?*²⁴.

21. Crisipo de Solos.

22. Quint. I, 2, 14.

23. A los niños zurdos se les obligaba a escribir con la mano derecha.

24. Juv. XIV, 15.

Quintiliano tenía en este aspecto las cosas muy claras; no solamente es injusto teniendo en cuenta la edad del agresor y del agredido sino que además produce unos efectos terribles sobre los críos. *A esto añade que por dolor o por miedo ocurre con frecuencia a los vapuleados muchas cosas feas de mencionar y que luego serán cosa de avergonzamiento: esta vergüenza quebranta y abate el ánimo, y ordena huir de la misma luz del día y el hastío*²⁵.

Para él, alguien capaz de pegar a un niño o a un adolescente, ya sea un maestro o un pedagogo, no merece otro adjetivo que el de delincuente y para Cicerón la sola idea de que una cosa cruel pudiera ser útil ya era de por sí inmoral.

En lugar de recurrir a la *scutica*, la *ferula* o las *virgae*, lo que había que hacer era, antes de nada, dar consejos a los niños, hablar con ellos para que aprendieran a obrar correctamente y sin maldad; en segundo lugar, controlar frecuentemente el trabajo realizado y, sobre todo, antes de castigarlos averiguar por qué no realizaron tal o cual tarea. Quintiliano era un defensor convencido de ese proverbio romano que decía que *Ratione, non vi, vincenda adulescentia est*.

A Quintiliano de Calahorra le debemos su vocación y dedicación a la enseñanza, su lucha por intentar mejorar un sistema educativo con graves deficiencias y un trabajo que nos permite ahora, dos mil años después, tener una imagen más precisa de la vida escolar en Roma.

Referencias bibliográficas citadas

- QUINTILIANO DE CALAHORRA, *Sobre la formación del orador*, (Introducción, traducción y notas de Alfonso Ortega Carmona), Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1996.
- BONNER, Stanley F., *La educación en la Antigua Roma. Desde Catón el Viejo a Plinio el Joven*, Barcelona: Editorial Herder, 1984.
- GALENO, Claudio, *Tratados filosóficos y autobiográficos* (Introducción, traducción y notas de Teresa Martínez Manzano), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos n° 301, 2002.
- JUVENAL, Decimo Junio, *Sátiras* (Introducción, traducción y notas de Manuel Balasch), Madrid: Biblioteca Clásica Gredos n° 156, 1981.
- MARROU, Henry-Irénée, *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires: Editorial Sevil, 1971.
- PETRONIO ARBITER, Cayo, *Satiricón* (Introducción, traducción y notas de F. L. Cardona), Barcelona: Edicomunicación, 1994.
- PLINIO, Cecilio Segundo, *Epistolas* (Traduzione da Francesco Trisoglio), Unione tipografica-editrice Torinese, 1979.

25. Quint. I, 3, 16.